

Agustín Cadena

Fábulas del crepúsculo

Osborne/Ficticia (Biblioteca de cuento Anis del Mono), México, 2003, 112 págs.

Juan Antonio Rosado

Tradicionalmente, el crepúsculo expresa el final de un ciclo, la zozobra de un tiempo y, en consecuencia, de un espacio. La muerte de los fenómenos que nos proporcionan la claridad y la luz implica el comienzo del reino de las tinieblas. Interiormente, el estado crepuscular se ha entendido como melancólico y decadente. Pero en el crepúsculo hay también promesa de reinicio: nuevas auroras se implican en la muerte, como la misma muerte en el comienzo de la vida. En los cuentos que Agustín Cadena (Ixmiquilpan, Hidalgo, 1963) reúne bajo el título de *Fábulas del crepúsculo* es notorio ese estado al que me referí al principio, pero también –sobre todo en el último relato– una promesa de juventud. Ahora bien, no nos dejemos engañar por el título del libro. Al igual que el extraordinario narrador guatemalteco Augusto Monterroso, Cadena *engaña* al lector haciéndole creer que sus cuentos son *fábulas*. Sus textos, en efecto, nada tienen que ver con los apólogos tradicionales (o fábulas). He ahí la virtud del título: el placer del arte consiste en *engañar* porque todo él es representación. No obstante, muy lejos están las “fábulas” de Cadena de las sátiras desencantadas de Monterroso. A diferencia de estas últimas (y también de su *Cuento-historia de los gatos*, que Agustín escribió supuestamente para un público infantil, pero que sin duda posee dimensiones mucho mayores), en *Fábulas del crepúsculo* se ha renunciado casi definitivamente al humor. Se trata, en general, de un libro con visión apocalíptica. Digo “en general” porque “El estanque de Siloé” –el cuento más rico

en significación y el más variado en sensaciones– se aleja de esa visión.

Autor de novelas predominantemente realistas, como *Tan oscura* o *La lepra de San Job*, Agustín Cadena se interna en mundos imposibles para nuestra realidad, pero posibles en los sueños, en la literatura y acaso en una realidad futura. A partir de imágenes y motivos míticos tradicionales, Agustín construye reinos imaginarios, utopías violentas que son, al mismo tiempo, espejo y parodia, mimesis invertida y traducción “posmoderna” de esos espacios y personajes arcaicos, lo cual significa que –contra el realismo y el historicismo que caracteriza a un parte de la narrativa mexicana– el autor ha preferido elaborar una mitología propia y ecléctica; ecléctica en tanto que lo propio y original no puede constituirse si no es mediante un eclecticismo bien entendido, que no toma de aquí y de allá indiscriminadamente, sino que conoce, ha reflexionado sobre lo que toma, lo ha asimilado y se lo ha apropiado para transformarlo y forjar –con la precisión de su prosa– una serie de temas y motivos míticos, viejos y nuevos a la vez, frescos y arrugados por el sol crepuscular.

En una ciudad como Nogah, el escritor mezcla presencias alejandrinas (“El faro”) con hindúes (los *Shudras*), mesopotámicas (los *zigurats*), romanas (los denarios), árabes (los atuendos de Adna), el mito apocalíptico (“la tierra se había convertido en el escenario de una fastuosa danza tanática”), entre otras. Hay también mitos como el de la Edad de Oro (“Acéldama”). La utilización de verbos como “copular” y “fornicar”, en lugar de los trasnochados eufemismos, resalta la animalidad y la crudeza de ciertos personajes. La prosa suele ser dura como el golpe de un martillo, pero sin

escatimar los recursos poéticos cuando éstos enriquecen la imagen. A diferencia de otros escritores mexicanos, Cadena no trata de sorprender al lector con un lenguaje afectado o artificialmente lírico. La lección romana es “arte de parecer sin arte”.

En cuanto a los personajes, el autor parece preferir los arquetipos tal vez inciertos, pero partícipes de una serie de procesos míticos, en lugar de seres con marcadas dimensiones psicológicas. El énfasis se halla en lo simbólico. A pesar de ello, se trata de un mundo inacabado y, por lo menos en parte, de ahí proviene la incertidumbre que algunos personajes emanan. De cualquier modo, la unidad está en el planteamiento de un universo propio y repetitivo, cíclico en su mismo desconcierto. ☉

Fernando Pineda Ochoa

En las profundidades del mar (el oro no llegó de Moscú)

Prefacio de Carlos Montemayor, Plaza y Valdés, México, 2003, 288 págs.

Javier Bañuelos

Sumergidos en la profundidad del mar de la utopía, deslumbrados por la pureza del mito de la Revolución, alentados por la certeza inobjetable de que la historia estaba de su lado y a su alcance, así aparecen los rostros y las voces de quienes participaron en los hechos relatados en este libro testimonial. Su autor, Fernando Pineda Ochoa, fue miembro del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), grupo guerrillero concebido en 1966 por un grupo de jóvenes mexicanos instalados en la Universidad Patricio Lumumba en Moscú. Reclutado a fines de 1968 en la ciudad de Morelia, se integra al primer comando que viaja clandestinamente a Corea del Norte para ser introducido en el arte de la guerrilla. Detenido en Jalapa en